

Sobre lo sacro en el Arte, la Iglesia y las Bellas Artes

ÁNGEL SANCHO*

“El arte y la belleza pueden expresar la fe religiosa e incluso suscitarla”. “El artista sacro responde a una inspiración traducida en la encarnación exterior de una belleza interiormente concebida”. Sin embargo, como apunta el filólogo Javier del Prado, en toda reflexión sobre arte sacro “se corre el peligro de confundir emoción estética con Misterio”.

El poeta y dramaturgo francés Paul Claudel (1868-1955) decía que religión y arte eran como parientes. La contemplación de la belleza colma por lo que manifiesta de añoranza, por lo que hace desear,

y el sentimiento religioso se reconoce porque atrae irresistiblemente aunque al tiempo imponga distancia. La dignidad del arte sacro estaría —en palabras de D. Ángel Sancho, protagonista de la última sesión de la FXG— “en que hace sentir el misterio de la vida misma, comunicando el deseo y la necesidad de un absoluto: la presencia actuante, amorosa y terrible a un tiempo de quien tiene en sus manos nuestro destino”.

Pero este paralelismo podría plantear serias dudas al no creyente que haya reconocido alguna vez la sublimación de una emoción estética cuando escuchaba una composición

magnífica o mientras entraba en un espacio arquitectónico que le conectara a otra realidad. Para Javier Del Prado “hay un punto en el que el arte no puede funcionar y que es espacio de la fe religiosa”. Para ilustrarlo vuelve a Paul Claudel, creyente después de escuchar una interpretación del “Magnificat” en la catedral de Notre Dame de París, mientras su amigo, el novelista y ensayista francés André Gide (1869-1951) sentía parecida emoción con el hermoso cántico que entona la Virgen a su prima Isabel, pero no por ello se convertía en ese instante al catolicismo.

Todo aquello que atañe al hombre puede ser “pariente” de la religión, ya sea la metafísica, la ética o la filosofía, pero la relación del arte y la religión puede ser interpretada al menos de cuatro maneras. El arte podría ser decorado del espacio religioso, vehículo de lo sagrado, mantener una relación de causa-efecto con la religión, o incluso confundir su identidad sustituyendo un espacio que no le corresponde. Estas dos últimas posibilidades suponen una amenaza constante en cualquier reflexión sobre la función del arte sacro, en opinión de Javier Del Prado, catedrático de Filología Francesa de la Universidad Complutense de Madrid.

El arquitecto Ignacio Vicens, por su parte, va más lejos al transmitir sus dudas sobre la capacidad del arte como vehículo para transmitir hoy en día la trascendencia, afirmando que la búsqueda de participación de la mayoría siempre es a costa de la calidad de las obras. Como creador, Vicens asegura centrarse exclusivamente en la excelencia de la obra de arte, independientemente de las consecuencias que ésta pueda tener en la gente, “simplemente porque he dejado de dar por supuesto que la belleza, la bondad o la calidad atraigan por sí mismas. Falta sensibilidad. No dudo que los iconos tengan palabras, lo que pongo en duda es que la gente hoy tenga oídos”.

Por el contrario, para Carlos Clemente, arquitecto y redactor jefe de la revista especializada “Ars Sacra”, el arte sacro es absolutamente “vehicular” al tratarse de un arte de encargo, que cumple una función muy concreta. “Si lo que pretendemos al hacer una biblioteca es que el entorno ayude a la concentración y al estudio, cuando construimos una iglesia, está claro que nos planteamos qué es exactamente lo que ayuda a rezar. Quizá no siempre lo consigamos, pero yo al menos sí me lo planteo”, puntualiza. “Por otro lado, no podemos olvidar la causalidad que rodea al arquitecto o al artista plástico cuando se enfrenta a un encargo. Cada situación es cambiante frente a un concepto de arte puro, absoluto”.

Volviendo al arte como vehículo, Ángel Sancho limita la función de los artistas “a hacer obras que resplandezcan por su valor intrínseco y su calidad estética” sin exigir de los objetos que pertenecen al patrimonio eclesiástico nada más que su condición de meros instrumentos de evangelización: “en última instancia, como dice San Agustín, todo se juega en un diálogo entre Dios y yo”.

Desde los primeros balbuceos de la Humanidad, arte y religión siempre estuvieron unidos. La creencia en un Ser supremo, ordenador del mundo, se manifiesta desde el inicio con un poder activo tan vigoroso que puede decirse que ha sido la mejor fuerza impulsora de las manifestaciones artísticas. La Iglesia Católica concede a las Bellas Artes una importancia decisiva en su línea de evangelización. Toda imagen sagrada es una mediación, un camino hacia Dios. Y ahí surge a veces el peligro. “Cuando todo el interés y el afecto se concentran en el arte, en la obra en sí, la imagen se convierte en ídolo y queda desnaturalizada”, en palabras de Ángel Sancho.

Además, en opinión del secretario nacional para el Patrimonio Cultural de la Iglesia “no

necesariamente la altísima valoración estética que puedan tener unas minorías ha de ser imprescindible para que los objetos tengan esa misión *'vehicular'*. Hay innumerables ejemplos de obras cuyo nivel técnico, su calidad artística o su valor pecuniario no son altos pero son capaces de transmitir el mensaje de un modo único. Quien quiera penetrar en la significación profunda de un objeto sacro debe aprender a mirarlo no sólo con ojos de turista, investigador, historiador o artista, sino también con ojos de teólogo.

Para la Iglesia Católica, “el artista es como un ministro del ministerio cristiano que ejecuta una labor, una mediación profética y sacerdotal, entre la verdad de Dios y su pueblo. En sí, el arte no debe tener una visión ética o religiosa pero si es verdadero, es decir, expresión del espíritu humano, y así lo refleja, o al menos no lo deforma, es cosa sagrada y religiosa en el sentido de que está interpretando la obra de Dios”.

Por lo demás, la única referencia clara que distingue al verdadero arte religioso es el “*verum, bonum, pulcrum*”. Es decir, que no esté en contra de la verdad, que no sea malo y que sea bello. Si la Iglesia está bien organizada a nivel local, el árbitro, la autoridad en la materia, es la Comisión Diocesana del Patrimonio Cultural. Se trata de una especie de senado compuesto por varios miembros y en donde tienen cabida, además, un jurista, un arquitecto, un economista, un aparejador, un historiador del arte y algunos otros profesionales que —siempre en diálogo con el creador para que acierte— tiene la última palabra de cara a la idoneidad de una obra.

La Iglesia Católica busca un mayor acercamiento a los artistas contemporáneos y quiere incorporar el arte actual al culto divino y al servicio de la fe del hombre moderno. Lo auténticamente artístico ha servido siempre para testimoniar el hecho religioso y para completar

la enseñanza de los libros sagrados, ya fuera bajo la óptica medieval —que incorporó una serie de temas heterogéneos pero llenos de finalidad doctrinal—, en los edificios góticos cuyo objetivo no era emocionar a los fieles sino convencerles, o con las tendencias artísticas posteriores cuyo motivo estético no era precisamente instruir sino emocionar y mover, invitar a la oración mediante la contemplación de las imágenes de piedad.

El arte sacro además de hacer sentir el misterio de la vida y el deseo de un absoluto, desbordando al contemplador como individuo y obligándole a refugiarse en su sentido de miembro de una comunidad, debería ayudar, en su atmósfera litúrgica, comunitaria y cultural, a la formación integral de la persona. Todo patrimonio cultural tiene una influencia decisiva en el desarrollo armónico de las personas. Desde su comienzo, el arte sacro ha contribuido al crecimiento personal. Catedrales, monasterios o bibliotecas eran complejos al servicio del hombre.

En el interior de un monasterio, lienzos, cantos armoniosos, toques de campanas, libros para el cultivo de la inteligencia, trabajos manuales, todo estaba coordinado en un ambiente acogedor, ordenado, solemne, un oasis de paz y de tranquilidad para el espíritu y el cuerpo. La famosa frase de San Benito “Reza y trabaja” nos ha dejado una regla válida para el equilibrio de la persona y de la sociedad, amenazadas por el prevalecer del tener sobre el ser.

Lo que la Iglesia demanda a los creadores del arte sacro, en boca del papa Pío XII, es “*coronad vuestros ideales de arte con los ideales religiosos que aquéllos vigorizan e integran*”. Les pide que busquen a Dios aquí en la naturaleza y en el hombre, pero ante todo dentro de sí mismos. Se trata de armonizar lo finito con lo infinito, lo temporal con lo eterno, al hombre

con Dios para así “dar la verdad del arte, del arte verdadero”.

Precisamente aquí, en esa supuesta armonía entre la fascinación y el temor reverencial, en el intento de reflejar a la vez a la divinidad y al hombre, a Dios y a Jesucristo, es donde el artista, en palabras del arquitecto Antonio Puertas, encuentra la mayor dificultad. “Lo que siempre observo es la tendencia a irse hacia un lado o hacia el otro. La mayoría de los creadores acaban siempre en el ídolo o en el ‘*pasticcio*’ que es un conjunto de sentimientos mezclados, bien conjugados para satisfacción del pueblo”.

En el mismo sentido se pronuncia el arquitecto y ensayista Joaquín Planell, quien añade que “el arte sacro te pone a prueba, te pone al límite. El artista no tiene refugio y se plantea una serie de cosas increíbles”. Para resolver el reto, el pensador valenciano insiste en la importancia de recuperar unos valores antropológicos profundos, dotados de un carácter universal y opuestos a la razón, confrontando la cultura racionalista surgida tras la Ilustración. “El creador se plantea su propia entraña, su ser, y en ese sentido, sí es autónomo, pero también es cultural y debería recuperar sus propios mitos. La fantasía, el poder sublimador de la materia, deben volver al arte”, apunta, poniendo como ejemplo las obras de El Greco y su fuerza mítica.

En un siglo en el cual el arte contemporáneo ha dado absoluta primacía a los valores del subconsciente y en el que se acusa a la razón, cuando menos, de oportunista, en el siglo del neodadaísmo, de los “*happenings*”, plantearse un arte cristiano, un arte sacro, resulta verdaderamente problemático. No es infrecuente encontrarse artistas cristianos que viven en absoluta perplejidad, en opinión del filólogo José Antonio Millán. Sustituir la fe por una emoción estética fue justo el error de la salida de la Revolución Francesa, aumentar la

primacía del sentimiento, como se hiciera en el romanticismo, fue asimismo un verdadero fracaso.

Para Galicia, el creador de los frescos de la catedral de La Almudena de Madrid, todo gran arte es sacro pues nos acerca a un estado superior, “haciendo que nos sintamos mejores, que elevemos nuestro espíritu, acercándonos a Dios, aunque sea inconscientemente”. La fórmula del buen arte sacro no es algo fácil de consensuar. La Capilla del Rosario de Matisse, en Vence, nos demuestra en su sencillez, en su ausencia de lujo, que la religiosidad no necesita de grandes templos, y la pintura de Murillo es un claro ejemplo de que no hace falta ser un experto en teología para percibir una religiosidad profunda.

Los experimentos agresivos, los elementos que parecen crear “estrés”, la estética de lo feo y lo violento, evidentemente no se adecuan al arte sacro. En eso estamos todos de acuerdo. Si algo debe denotar la presencia de Dios, es la sensación de paz, de infinitud. Luego podrá debatirse sobre la belleza como absoluto, en términos hegelianos, el gusto —que es siempre mudable— o la educación, que en muchos casos no tiene relevancia alguna para apreciar la belleza.

Las necesidades de la Iglesia son claras: belleza plástica que plasme fielmente la verdad de la fe católica y consiga al tiempo que los fieles lleguen a lo simbolizado, al significado, no quedándose en la efigie, sino en lo “efigiado”, para, desde su libertad, buscar la respuesta a sus propios interrogantes existenciales. Todo un reto, sin embargo, para el artista contemporáneo, cuyas limitaciones serán el centro de próximos debates en la Fundación Félix Granda dentro del seminario “Lo sacro y sus fronteras”.